

## Escrito en la Arena

Narra el Evangelio de San Juan un episodio espléndido e inquietante. Con ocasión de presentar al Rabí una mujer adúltera, que la Ley mosaica castigaba a morir apedreada, los escribas y fariseos le invitan a que se pronuncie sobre la condena.

La escena, que ha inspirado a un dramaturgo actual una breve obra maestra, debió ser única e inenarrable. Jesús, sentado en el suelo, en las proximidades del templo, rodeado de quienes escuchaban sus palabras con la misma ansiedad con la que el sediento recibe una jarra de agua fresca. Y, de repente, ante los ojos atónitos de todos, aquellos hombres arrojan junto a El, con desprecio, a la pecadora. Ésta solloza y oculta el rostro con las manos.

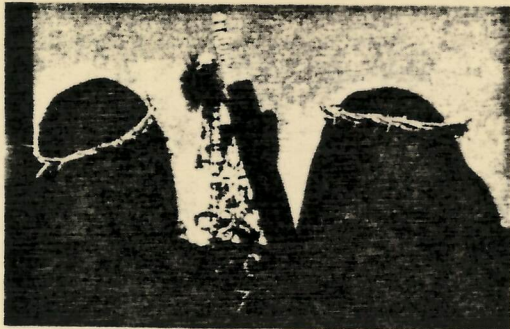


Foto José A. Molina Salamanca

Los acusadores, con maquiavélica astucia, pretenden colocar al Maestro en una difícil encrucijada. O se inclina a que la Ley se cumpla, con lo que sería calificado de cruel, o se enfrenta abiertamente contra ella y contra la tradición; en ambos casos podía ser desprestigiado ante el pueblo.

Con malévola insistencia se dirigen a El, interrogándole sobre lo que ha de hacerse,

con voz falsamente sosegada, en la que se adivina una satisfacción ruín por la trampa tendida.

El Maestro no los mira. Sus ojos están fijos en el suelo. Los escribas, que van predicando su aparente calma, preguntan una y otra vez con creciente excitación. Jesús, impassible, sereno, seguro, extiende pausadamente el brazo, como si fuera a coger algo, y con el dedo índice de su diestra escribe sobre la tierra blanda, polvorienta, unas palabras.

El Evangelio no dice que mensaje, qué réplica, qué símbolo o signo trazó Jesús. ¿Fue, tan sólo, un gesto para encolerizar e impacientar a sus enemigos? ¿Denunciaba, a su vez, la maldad oculta, la acción falaz, el delito desconocido, el pecado vergonzoso de cada uno de aquellos personajes hipócritas y siniestros?

Cuando, finalmente, el divino Rabí alzó la cabeza y miró a todos con sus ojos brillantes, enigmáticos, que penetraban hasta lo más hondo de la mente, la sonrisa de los escribas y fariseos se transformó en mueca de pánico. El les dijo:

—El que de vosotros esté sin pecado, arroje la piedra primero.

Estas palabras, que no hubieron sido ya necesarias, tuvieron la virtud, sin embargo, de hacerles huir apresurados, esquivando sus caras descompuestas a la observación de los perplejos curiosos.

Quedaron solos. La mujer, con lágrimas corriendo por las mejillas, desconcertada, no sabía qué hacer. Jesús, entonces, con voz dulce, amistosa, comprensiva, le preguntó:

—¿Nadie te condenó?... Yo, tampoco.

MIGUEL MOLINA